

SUMARIO

TEXTO—«Zig-zag», por Eustaquio Pellicer—«Polémica», por Uno—«Un apellido fatal», por R. B.—«Seguidillas», por A. Varzi—«Era listo», por M. de Moya—«Los dos amigos», por R. Torromé—«Lo que me gusta más», por Asonipe—«Para ellas», por Madame Polisson—«Curioseando», por Motta—Menudecias—Correspondencia particular—Avíos.

GRABADOS—Monseñor Martín Pérez—Club Tarasconense (gran baile de trajes)—¡Qué verano!—Y varios, intercalados en el texto y avisos, por Schütz.



Terminado el carnaval, especie de cielo mundano, donde el pecador se revuelca como chancho (qué tal la frascilla?) hemos entrado en el período del arrepentimiento y de la reflexión, y es forzoso que releguemos al olvido todo lo que puede saturar de impurezas nuestra alma, para pensar que tenemos un Dios que juzga nuestras acciones y un Gobierno que las tiene por el suelo en la cotización de la Bolsa.

La Cuaresma con sus preparados de bacalao y garbanzos en potaje nos purificará de toda culpa, pues sabido es que la vigilia es para el alma lo que el aceite de castor para el cuerpo; purga completamente de cualquier inmundicia pecaminosa.

Los que mas dósis de purgante espiritual necesitan son esos jóvenes que se han lanzado al camino de la perdición por medio del baile con disfraz.

Hortera ha habido que bajo la humilde apariencia de espantajo, no hizo otra cosa que flechar corazones en cuanta reunión familiar, con aditamento de danza, pudo meter la cabeza (y los pies, por supuesto) durante el Carnaval.

Lo que pasa es que las conquistas que se hacen con careta se malograron en cuanto esta desaparece, porque es casi ley inmutable que dejado de un buen disfraz se oculta siempre un *bagre* de mayor cuantía.

¡Cuántas inocentes jóvenes habrán creido estar en brazos de un Adónis mistificado por un dominó de seda con borlas de oro, ignorando que bajo aquel exterior deslumbrante se ocultaba un feo de nacimiento, con las manos curtidas de fregar loza ó de apisonar adoquines!

¡Y cuántos donceles incautos á la par que libertinos, habrán creido estrechar el talle de una beldad incógnita, al hacerlo con el de una matrona respetable por sus años y abominable por las imperfecciones de su físico!

Sabemos de un mozo imberbe, aunque no implume, porque trabaja de escribiente en una oficina pública, que ha estado á los bordes del suicidio con ensañamiento á causa de una terrible equivocación que sufrió por fiarse de las apariencias.

Llevado de sus impulsos amorosos dió en un baile de trajes con la mascarita que mas atractivos ofrecía á su corazón impresionable. Era una *aldeana francesa* con mezcla de *chula suiza* y aunque una tupida camiseta y un antifaz de espeso alambre, impedian apreciar la morbidez

de sus carnes, dejaba adivinar un cuerpo flexible el poco espacio que abarcaba el corpiño y el timbre de su voz una garganta de angel y un candor de doncella pudibunda.

Desde los primeros compases de la danza le empezó á latir el corazón como queriendo salírsel de la pecho y caer en pedazos sobre la alfombra. No tuvo más remedio que declararse *aldeano* en cuerpo y alma, abdicando de la jerarquía de *mosquetero* que había adquirido con el disfraz.

—Estoy dispuesto por ti, aldeana mía, á formar parte del ganado que apacentes—la decía en el paroxismo de su entusiasmo.

—Gracias, se limitó á decir la mascarita.

—Esas son las que tú debes atesorar hasta las uñas de los pies, encanto de mi alma.

—Muchas gracias.

—Mira, no consiento que me agradezcas lo que no supone ninguna galantería de mi parte. Todo eso y mucho más que te diga, son justicias que hago á tus méritos.

—Gra...

—Seré tan feliz, aldeanita, que pueda ver correspondido este amor que me devora por dentro?

—Yo bien quisiera, pero...

—Pero qué, ¡acaso otro hombre dificulta tu decisión para hacerme dichoso? Si tal supiera, sería capaz de comérmele con ropa y todo. No sabes lo que soy cuando se me hincha la vena de la desesperación.

—No es eso... es que...

—Explicate, por Dios; me consume la impaciencia por saber lo que se opone á mi felicidad!

—Mira, han anunciado el intermedio de descano y todas las parejas se dirigen al comedor. Vamos allí y después te explicaré....

—Me lo explicarás, pero prometiéndome que nada servirá de inconveniente á tus propósitos, si como creo, son los de retribuir mi cariño con otro igual.

—Vamos al comedor.

Quien observó á la amartelada pareja aseguró que ella dejó limpia una bandeja de sandwiches y otra de pastas finas, motivo por el cual se quedaron la mitad de los invitados sin probar más que el agua del algibe y algun residuo de cerveza escanciada para otros consumidores.

Nuestro tenorio, sin embargo, ciego de amor, no apreció este detalle más que como una exigencia corporal, independiente de toda la grandeza que debían encerrar el alma y el rostro de aquella aldeana tentadora. Siguió expresándose la con ardor sus más delicados sentimientos, mientras ella engullía, sin trégua para balbucear una sola frase.

De nuevo en la sala, llegó el momento de que la *aldeana* se explicase como había prometido hacerlo antes del descanso.

—Para hablar con mas tranquilidad, dejaremos en blanco esta mazurca —dijo el *mosquetero*, mientras la conducía del brazo á uno de los balcones.

—La luna vá á ser testigo, prenda adorada, de todo lo que aquí nos vamos á prometer. Vamos, empieza. Dime qué *pero* es aquél que me ponías al pedirte retribución para mi cariño.

—Pues mire V., francamente, el *pero* es.... que no puede ser.

—Como! ¡acaso eres mujer de estado?

—No.

—Pues entonces....

—Sóly algo mas que eso.

—Mas que eso? Máscara, me confundes como para hacerme perder la razon. Explicate claro por lo que mas quieras.

—Lo haré, pero es preciso que salgamos de esta casa.

—Te dejas acompañar por mí hasta la tuya?

—No tengo inconveniente.

—Pues en marcha ¡vaya al demonio el baile por la ventura de estar á tu lado y de descifrar ese enigma que te envuelves.

—Ya estamos en la calle. ¿Qué dirección quieras que tomemos, paloma mia?

—La de la Comisaría de esta sección, pero no me llame V. paloma porque no tengo nada de eso. Ahora estamos solos y es preciso que sepa usted quien soy. Ante todo suélteme usted el brazo porque yo no necesito de estas comodidades para andar.

—Esa voz...

—Sí, es la propia; de hombre; de lo que soy.

—¡Cómo!!! ¡Tal burla!....

—No ha sido burla, señor, escúcheme usted: Yo soy guardia-civil y como V. habrá oido, estamos todos faltos de buena alimentacion desde hace una porcion de meses. Hoy no me había desayunado y no sabiendo qué hacer

para no meterme en la cama con el estómago vacío, pedí á una vecina este traje para venir al baile. El criado de la casa con quien estaba de acuerdo me ha facilitado la entrada y lo demás ya lo sabe. He tenido que bailar con usted, pero he logrado reponer mis fuerzas en el comedor y asegurarlas por un par de días, por lo menos.

Dicho lo cual se arrancó el antifaz dejando ver una cara enjuta, cubierta casi en toda su extensión por una barba espesa y cerdosa como un cepillo de lustrar botines.

Un galanteador cayó desplomado sobre el pavimento.

Ninguna novedad digna de mención ha ofrecido el Carnaval de este año, á semejanza del político, que ni aun la de nombrar Ministerios ha presentado.

El aburrimiento se ha visto reflejar en todos los semblantes, ni mas ni menos que si *Momo* hubiera sido el ministro actual de Hacienda, único que creíamos capaz de aburrir á la gente.

De bromas ingeniosas tampoco se habla como otros años.

Solo se tiene conocimiento de un par de ellas dadas por la policía, machete en mano, al público, y de la que dió el Presidente al decir que asistiría á la apertura de las nuevas Cámaras con secretarios nuevos ó cuando menos en buen uso.

Los juegos con agua, un poco atrevidos. El pompo lo sustituyeron muchas personas por el balde, creyéndose bomberos y tomando al transeunte pacífico por una barraca incendiada.

Nada de alegorías políticas ni de otro orden. Solo la Municipalidad presentó una, pero fuera de tiempo, por lo que hizo el miércoles de ceniza. QUITÓ los arcos de gas que se habían puesto como alumbrado extraordinario.

Esto es una alegoría de la miseria que no se había visto otros años.

Las fiestas en los centros sociales, animadísimas,

La celebrada en el Club Uruguay, sobre todo, se recordará entre las mejores que registra ese centro.

Solo tuvo una nota que discordó de las alegres.

La de un incidente personal que se produjo entre dos socios, y que parece dio motivo á una proposición de duelo.

Estamos á oscuras del desenlace que ha tenido el asunto, lo cual no tiene nada de particular, pues se trata de una cuestión surgida en plena oscuridad. Parece que un miembro de la Comisión Directiva, inspirándose en las mismas economías que la Municipalidad, cerró ó mandó cerrar el contador del gas, cuando aún quedaban dentro del edificio muchas personas poco aficionadas á caminar con lazariño.

Corramos un velo sobre todo lo mundano y continuemos en la tarea de lavar y planchar nuestra alma de las manchas del pecado, con la meditación y la vigilia.

En cuanto á ésta, puede confiar la Iglesia que será rigurosamente observada por todos los pecadores del Uruguay, por muy empedernidos que sean, principalmente los que viven del presupuesto.

¿Quién es capaz de promiscuar en los tiempos que corren?

¡Gracias que podamos comer artículos de huerta, cuanto más carne y pescado en una misma comida!



EUSTAQUIO PELLICER

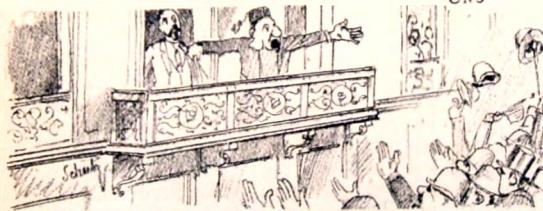
Polémica

Vivieron en los tiempos medievales dos sabios eminentes, que con una polémica escitaron la atención de las gentes. Al lanzar su opinión dieron mil pruebas de erudición vastísima y la tesis propuesta se hizo célebre por lo originalísima. Voy el caso á exponer en breves frases. La cuestión era esta:

«¿Que dicen, al cantar, las codornices?»

Oigamos la respuesta:
 —¡Buen-pan-hay! ¡Buen-pan-hay! —uno decía que en los trigos gritaban.
 —¡Hues pe-dé! ¡Hues pe-dé! —decía el otro que era lo que cantaban.
 ¿Llegaron á entenderse? ¡Ni por pienso!
 Revolvieron infolios y aduciendo el pensar de los Etruscos y romanos y Eolios con terquedad gascona los dos sabios siguieron en sus trece.
 ¡La verdad será una é inmutable.... pero no lo parece!
 —¡Buen-pan-hay! ¡Buen-pan-hay! ¡Está bien claro uno de ellos decía,
 —¡Hues pe-dé! ¡Hues pe-dé! ¡No hay mas que oírlo! —el otro respondía;
 Y de este modo entrabmos sostuvieron continuas discusiones, hasta que al fin, segun las malas lenguas, se llamaron ¡melones!
 Murieron de dolor los infelices, y hoy es cosa probada que, al cantar, las sencillas codornices.... ¡no dicen absolutamente nada!

UNO



Un apellido fatal

Carísimo lector: ¿Has conocido mayor desgracia que llevar el apellido de una celebridad?

Si el apellido se conoce por algo malo.... *del mal el menos*. Pero si es distinguido por algo bueno, entonces la desdicha es mucho mayor.

En cuanto un conocido te llama en alta voz, diez ó doce personas se vuelven á inspeccionar tu aspecto; unos con envidia, otros con admiracion. Cuchichean, preguntan.... hasta que enterados de que no eres quien pensaban, se sonrien con lástima ó desprecio; todo lo cual dà por resultado que el infeliz, blanco de tantas observaciones, se queda mas corrido que una mona.

Y la suerte tiene en esos casos caprichos crueles. Te llamas, por ejemplo, Carpincho, lisa y llanamente. Es un apellido modesto, oscuro, sin pretensiones; vives feliz, ignorado en este mundo.... y en el viejo; pero de pronto hay una quiebra de esas que ocupan la atencion por espacio de un mes, ó un crimen, ó se escapa la mujer de una persona muy estimada con un caballerecito muy conocido, la noticia corre, los diarios publican el nombre del criminal, del predestinado ó del amante.... y ese buen señor se llama Carpincho.

Tú, que vivias tranquilo sin que nadie se ocupase de tu indefensivo individuo, ya no tienes paz ni tranquilidad; no puedes dar tu nombre sin que te miren de cierta manera ó te sometan á un interrogatorio por este estilo:

—¿Cómo! ¿Es V. el famoso Carpincho?

—No señor.

—¿Su hermano?

—Tampoco.

—Ah! vamos.... ¿su tío?

—No somos parientes.

—¿No?

—Ni siquiera le conozco.

Durante este diálogo, la expresion del rostro de tu interlocutor, ha ido pasando por grados desde la mas glaciar á la mas afectuosa.

Te has reivindicado ante aquel individuo.... pero hasta que aparezcas como quien eres ante todos los que componen la sociedad en que vives, ¡cuántas desazones, cuántas inquietudes tienes que pasar!

Pues ¡y cuando el apellido es notable en las ciencias, en las artes ó en la politica? Entonces sí que no hay paciencia que baste á aguantar los *quid pro quo* que origina el que un conocido te llame, ó que des tu nombre en alguna parte.

—¡Oh! es el eminente X.... á quien tengo el honor de....

—No señor.

—No es menor el gusto.... será V. pariente cercano.

—No nos liga parentesco alguno.

—¡Ah!

Este jah! *con extrañeza* es un poema. El cambio de fisonomia en este caso es inverso al anterior. Ahora se pasa de la sonrisa mas afectuosa á la actitud mas indiferente, mas despectiva, por lo general. El haberse puesto en ridículo (según piensa las mas de las veces el que te ha tomado por otro) no te lo perdona nunca, cuando quien realmente ha estado en ridículo has sido tú!

Yo conoci á un italiano, victimas del apellido, hasta

su muerte. Tuvo la desgracia de llamarse Paganini, y ser contemporáneo del célebre violinista.

Empezaba á difundirse la fama del artista sin rival, cuando nuestro Paganini número 2, concluidos sus estudios de abogado, y queriendo hacer relaciones que le pudieran servir en su carrera, entraba en el gran mundo. ¡No sabia lo que le esperaba!

Nadie queria convencerse de que la persona que le presentaban no era el célebre músico. Todos le preguntaban cuando llegaba á una casa:

—¿Trae V. el violin?

Aquello era insufrible. Aburrido de tantas equivocaciones, dió en la idea de expatriarse y gastar en viajes su modesta fortuna.

Pero en lugar de conseguir su objeto con esta determinación, aumentaron sus desdichas.

Llegó á Paris cuando, corriendo ya toda Europa la fama del violinista, era este esperado de un momento á otro.

No daba su nombre en ninguna parte, sin tener que aguantar una lluvia de abrazos, apretones de manos y felicitaciones. Este le invitaba á una *sorée*, el otro á un concierto, aquél á un almuerzo; pero todos le suplicaban que llevase el violin.

Nuestro héroe, desesperado porque en todas las grandes capitales le sucedía lo mismo, decidió no visitarlas y establecerse en una población de poca importancia.

Escogió una de Suiza, pero ¡que si quieras! no bien llegó al Hotel, según costumbre, le hicieron apuntar su nombre en el registro del mismo. A las dos horas, el único diario que se publicaba en el pueblo puso á la venta un boletín en donde, bajo un epígrafe en que se lea en caracteres gigantescos,

PAGANINI HA LLEGADO!

se proponía la organización de una serenata y un concierto en honor suyo.

Cuando mas tranquilamente dormia el infeliz *hámico*, descansando de las fatigas del viaje, fué despertado por el dueño del hotel que le anunciaba que la población en masa estaba á la puerta de la casa y pedía que se asomase al balcón.

En vano fué que diera explicaciones y jurase y perjurase que en su vida había tocado el violin, sino el violon algunas veces.

Que quieras que no, el hotelero lo presentó á la multitud que le victoreaba y que tomó las protestas del infeliz, que no queria pasar por lo que no era, por exceso de modestia, lo cual hizo redoblar las aclamaciones.

Tuvo que huir á media noche, ocultándose como un criminal. En todos los pueblos á donde llegaba, le sucedía lo mismo. ¡Aquello no era vivir!

Por fin, creyó que podría recuperar la tranquilidad, gracias á una estratagema; se cambió el apellido.

Adoptó el de Asperoni, después de asegurarse bien de que no había en toda Europa nadie que se hubiese hecho notable llamándose así.

Gracias á este medio pudo volver á su país y establecerse en Vicenza, donde vivió en paz dos ó tres meses. Pero la felicidad dura poco en este mundo.

Cuando mas ignorado se creía, una mañana se presentó en su casa un caballero preguntando por el señor Paganini.

Tentaciones sintió nuestro héroe de agarrarle por la cintura y tirarle por el balcon.

—Aquí no vive ningún Paganini —contestó, reponiéndose al fin.

—Perdone usted —repuso el otro; —Paganini es usted, le vengo siguiendo hace seis meses; y como me precisa terminar un asunto que le interesa á usted mucho, le suplico que abandone para conmigo el *incógnito*.

—¿Un asunto que me interesa?

—Y mucho.

—¿Qué es ello?

—Entregarle una cantidad procedente de un legado.

—Bah! No será muy grande.

—Doscientas mil liras.

El falso Asperoni cambió de color.

—Y.... ¡es indispensable! —preguntó— que recobre el apellido Paganini para entrar en posesión de esa cantidad?

—Indispensable de todo punto.

Nuestro hombre reflexionó un momento, y despues, haciendo un gesto como si se hubiese tragado una carta de vinagre:

—Es inútil —dijo— yo no me llamo así.

—En ese caso me retiro. Pero le advierto que para obligarle á confesar la verdad, voy á decir su nombre á todos los que le conozcan.

—¡Caballero! ¡Salga usted de aquí en el acto, porque no respondo de mí! —gritó ya exasperado.

—Me voy, pero es á advertir que usted se oculta bajo un nombre supuesto, sabe Dios por qué razones.

¡Abur!

Y salió á tiempo, pues la víctima de su apellido había cogido una silla para tirársela á la cabeza.

Aquella noche, Paganini recibió diez cartas, invitándole para otras tantas reuniones.

Su desesperación llegó al colmo. No pudo dormir. Al amanecer se fué al campo.

Volvía ya mas tranquilo hacia su casa, cuando oyó que le gritaban desde la vereda de enfrente:

—¿Qué tal, insigne Paganini?

Al volver la cabeza vió al caballero que la vispera había estado á buscarle. No pudiendo contener su indignación, se arrojó sobre él y empezó á cachetes, puntapiés y mordiscos.

Se agolpó la gente, acudió la policía, y atadito como con codo me lo llevaron á la cárcel.

Al dia siguiente, en el colmo de la desesperación, decidió poner fin á sus días, á fin de conseguir la tranquilidad de alguna manera.

A fuerza de dinero, y bajo pretexto de que tenía frío, consiguió que le proporcionara el carcelero un brasero, carbon, fósforos y un periódico.

Cuando se vió dueño de estos objetos, tapó herméticamente todas las rendijas y se dispuso á encender el carbon.

En un pedazo del periódico, que quedó sin quemarse, pudo leer antes de morir la noticia siguiente:

«Ayer fué conducido á la cárcel un sujeto que pretendía hacerse pasar por el célebre violinista Paganini.

«Parece que sorprendiendo la buena fe de algunas personas, había conseguido que le invitaran á varias reuniones, pero al verse descubierto por quien conocía su verdadero nombre, quiso vengarse, infiriendo á esta persona algunas heridas que afortunadamente no son de gravedad.

«¡A cuantas desgracias conduce á veces la ambición de la celebridad!»

• • • • • • • • • •

R. B.



Seguidillas

Una noche de Otoño
 Por la mañana,
 Fui á comprar un anillo
 Para mi hermana,
 Y á don Severo
 Le brotaron dos granos
 En el sombrero.

Yo conozco á una niña
 Tan delicada,
 Que se come las medias
 De su cuñada,
 Y Paco Trines
 Tiene gastro-enteritis
 En los botines.

Cuando acaban los días
 Del mes de Enero,
 Todos dicen que empiezan
 Los de Febrero,
 Porque á una hormiga,
 Le sacaron dos vacas
 De la barriga.

Por comer un sargento
 Catorce balas,
 Está enferma mi suegra
 De llagas malas.
 ¡Yo no sabía,
 Que la hermana de tata
 Fuerá mi tial!

En el pueblo de Artigas
 Hay muchas viejas,
 Que se ponen zapatos
 En las orejas.
 Y sin embargo,
 El sombrero de Peña
 Me queda largo.

Era tan olvidada
 Julia Tapones,
 Que salía á paseo
 Sin pantalones.
 Y es cosa cierta,
 Que, en la tierra de ciegos
 La reina es tuerta.

ALFREDO VARZI



Era listo

En cuestión, fué interrogado
 por varios un estudiante,
 si él recogería un guante
 que le hubiesen arrojado.

CLUB TARASCONENSE
GRAN BAILE DE TRAJES



En el Club tarasconense
no hay quien no sepa bailar
desde el can-cán al candombe,
desde el candombe al can-cán.

Con aplomo y desenfado contestó:

—Por vida mia, que en mi necesidad seria solo un guante recojer; si fuesen dos, puede ser, porque yo los usaria.

M. DE MOYA



Los dos amigos

Un escritor naturalista empezaría por decir si Don Fernando llevaba pantalon claro con franja y rayas negras, calzoncillos de algodon y pañuelo de hierbas; pero yo dejo las hierbas y lo demás para el naturalista, y á vosotros os digo que D. Fernando llegó á la cárcel seguido de su perra Linda.

Pidió ver al Director, y se lo negaron los que la cárcel guardaban; pero apenas untó las ruedas, se abrieron las puertas y entró magestuosamente D. Fernando en el templo de la corrección.

—Qué deseá usted?

—Entrar en la cárcel.

—Como empleado?

—No señor, como preso.

—Ha cometido V. algún delito?

—Aunque parezca extraño, no he cometido ninguno; pero tengo mucho interés en estar en la cárcel.

—Entonces salga V. á la calle y diga cuatro verdades al primero que pase; eso basta.

—No, yo no quiero; quiero que me procesen.

—Pues yo no puedo admitirle como no le pongan en adobo las escribanos y procuradores.

—Señor mio, escúcheme usred. Hace cuarenta y ocho horas que soy rico, ha muerto un tio mio que era millonario, y ha dejado su hacienda para mi hermano y para mi. Era muy avaro y en vida nunca se acordó de nosotros, pero la ley nos reconoce como únicos herederos. Mi hermano y yo hemos vivido en la mayor miseria, y mas que amigos tenemos compañeros de hambre; ahora, con el olor de la herencia, vendrán todos á halagarnos y pedirnos protección.

—Ciertamente.

—Y yo no quiero negársela, pero ante todo deseo cerciorarme de los que son dignos de ella.

—Y ¿como?

—El medio es sencillo, si usted me ayuda.

—Veamos.

—Me finjo preso y escribo una carta á cada uno de mis amigos, contándoles el caso; los que vengan á visitarme, esos son los que efectivamente me aprecian.

—¿Usted no ha dicho á nadie lo de la herencia?

—A nadie todavía, y el notario y mi hermano me han prometido silencio absoluto.

Después de estas y otras razones morales unas y monetarias otras, convenció D. Fernando al Director, y quedó instalado en una de las habitaciones de éste, porque la cárcel es de cobre para el cobre, de plata para la plata y de oro para el oro, tanto para el visitante como para el morador en ella.

Escribió las cartas con mucho afán, y de cada una que ponía el sobre, decía: Esta no me dá desengaño; el amigo Fulano es buen amigo; aunque solo sea por contarme sus penas y por la curiosidad de saber las mías, vendrá á que barajemos nuestras desdichas.»

Pasó el primer dia, y en su trascurso á nadie vió el preso, á no ser al mozo de la fonda que le servía la comida, y á la perrita Linda que de un lado á otro saltaba haciendo fiestas á su amo.

—De mañana no pasa; mañana vendrán Pepe, Ramón, Antonio, Pascasio.... Este Pascasio me ofreció la mitad del premio grande una vez que jugó á la lotería; por desgracia no le tocó y no tuvo ocasión de cumplir su promesa.

Las esperanzas del preso no se cumplieron; ya hacia dos semanas que estaba en casa del Director y no habían acudido los amigos al llamamiento de las cartas.

—¡Esto es horrible! ¡Ah! Si esos miserables supieran que soy rico, cuan pronto harían de su amistad una ganzúa para abrir mis bolsillos; pero me desprecian porque aún me creen pobre... Mejor que mejor; viviré solo; seré un misántropo; emplearé el dinero en mi propia persona, y lo que siento es que tú, pobre Linda, no tengas exigencias ni grandes necesidades para satisfacerte todas. Comprendo al emperador que se casó con un caballo; yo me casaría con esta perra cuadrúpeda por huir de alguna perra bipeda.

En esto apareció un criado, y dijo á D. Fernando que un caballero preguntaba por él.

—Que pase al momento, exclamó.—¡Ah! Este es mi único amigo. ¡Siempre hay algún alma generosa!

De allí á pocos momentos conversaba D. Fernando con Sebastian, hombre muy hablador y con quien no tuvo gran amistad.

—Usted, justed viene á verme! ¡Pero si á usted no le ha escrito diciéndole que estaba en la cárcel!

—Sí... pero...

—Ya, ya caigo. ¿Usted lo ha sabido por referencia de alguna carta mia dirigida á otra persona?

—Es claro...

—Ya dije que no eran muy amigos. Fernando le conoció una tarde en un café, y continuaron tratándose con alguna frialdad.

Sebastian le había prestado algún dinero, y por esa razón don Fernando excusaba todas las ocasiones de encontrarse con su acreedor.

—Ah! decía don Fernando; usted es mi amigo, ya me había dado algunas pruebas, pero esta es concluyente. ¡Y yo que no me había acordado de usted, creyendo que me guardaba recorrido por lo de la deuda!..

—Bah!

—Vamos, vamos, añadió D. Fernando; ni yo estoy preso, ni la justicia tiene nada que ver conmigo. Vamos á Las Pirámides y de sobre mesa le explicaré á usted este enigma.... qué diablo, hablémonos de tú; eso tú por tú. Seremos amigos, amigos inseparables, porque tú eres el único hombre que se interesa por mí.

Sebastian, aturdido y confuso, se dejaba abrazar, sin entender una palabra de todo aquello.

Tomaron un carrojue y se dirigieron al restaurant. Linda quiso subir en pos de su dueño; pero este cerró con tal presteza la portezuela del vehículo, que no le fué posible al pobre animal seguir á D. Fernando, si no á fuerza de correr tras el coche.

Llegaron los amigos al hotel, tomaron asiento junto á una mesa, pidieron la lista y encargaron un almuerzo abundante.

Linda, derecha sobre sus patas, arañaba los pantalones de Fernando, pidiendo participación en el banquete, lo que le valió otro par de puntapiés como los de la cárcel.

Fernando admiraba embelesado la fisonomía francesa y burda de Sebastian: después de una ligera pausa, dijo este:

—Pero, por qué estabas en la cárcel?

—Y lo no adivinas?

—Hombre,... nō. A no ser que te se haya subido el dinero á la cabeza, y al cobrar la herencia hayas hecho alguna diablura.

—¡Quél!—Fernando, al oír estas palabras, se quedó livido.

—Sí: hace tres días me dijo tu hermano que habíais heredado, y como me debes aquel piquillo, yo... francamente, estoy bastante apurado y me dije: Esta es la ocasión de que me pague ese.

Me dijeron que estabas en la cárcel y fui á verte.

—¡Dios mio! exclamó Fernando, apoyando los codos en la mesa y la cabeza entre las manos.

—No... no creas que yo tengo prisa—añadió Sebastian, temiendo haber cometido alguna torpeza.

—De manera que usted sabia?...

—Yo...

—De suerte que usted venia á cobrar?...

—Cuando tú quieras... Ahora no...

—Ahora sí, dijo Fernando bruscamente. Tome usted, señor acreedor, y dejó tres monedas de oro sobre la mesa.

—No... si yo no deseaba...

—Ese dinero es de usted; recójalo y haga el favor de retirarse.

—Pero,... Fernando....

—Recoja usted ese dinero y déjeme usted solo. Si no lo hace así, seré yo quien se retire.

Sebastian cogió las monedas de oro, y guardándolas, dijo por lo bajo.—Está loco.—Y salió del hotel cuando llegaba el mozo con los primeros platos.

—A ese caballero se le vá á enfriar la tortilla si no vuelve pronto, dijo el mozo.

—No vuelve, respondió Fernando.

—Entonces, sobra un cubierto.

—No sobra, ese cubierto es....

—Ya, para algún amigo.

—Precisamente, para mi único amigo.

El mozo se fué.

Linda y Fernando almorcizaron solos.



Lo que me gusta mas

Gústame ver en el tranquilo Adriático la misteriosa góndola serena; deslizarse tranquila al son simpático de la trova, que el alma de amor llena.

Del astro rey la magestad grandiosa mi admiración y arroamiento excita, al ver como su magna faz radiosa, del zenith al nadir se precipita.

El valle ameno, la floresta umbria; de la pálida luna los reflejos, y de la selva virgen, la poesía, y el bramar del Atlántico á lo lejos.

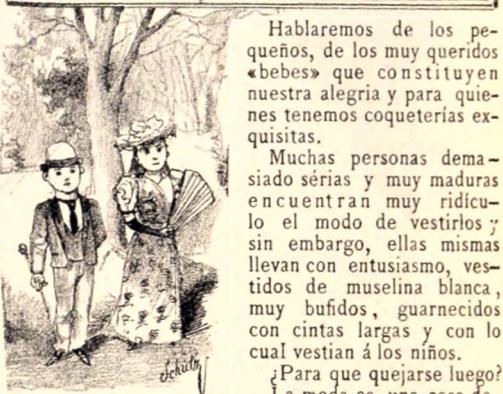
Todo mi mente y corazón levanta hacia la azul y portentosa esfera, y entusiasta el laud, mil himnos canta, al Supremo Hacedor que en ella impera.

Mas de tanto prodigo y obra rara que á la Natura á bendecir me obliga, lo que me gusta mas, amiga Clara: es que nunca me duela la barriga.

ASONIPE



PARA ELLAS



Hablaremos de los peques, de los muy queridos «bebés» que constituyen nuestra alegría y para quienes tenemos coqueterías exquisitas.

Muchas personas demasiado serias y muy maduras encuentran muy ridículo el modo de vestirlos y sin embargo, ellas mismas llevan con entusiasmo, vestidos de muselina blanca, muy bufidos, garnecidos con cintas largas y con lo cual vestian á los niños.

Para quejarse luego? La moda es una cosa demasiado futile para preocuparse de esos gemidos. Es necesario que ella cambie; sin eso no tiene razón de ser.

Nada más bonito que lo que ella manda, ama y gusta y sería en vano el resistirse.

Hoy, no hay nada mas bonito que los chiquillos con vestidos largos.

Hace algunos años, el gran tono era vestir los niños y las niñas hasta la rodilla. Hoy, el gran «chic» consiste en vestirlos casi hasta debajo de los pies.

Existen chiquillos de 5 años á lo mas, con el pantalón de hombre resueltamente remangado en tiempo de lluvia; sobretodo de paño como los cocheros ingleses, un poco mas arriba de la rodilla, cuello derecho con plastron. Sombrero «melon», nada falta para hacernos morir de risa.

En cuanto á las chiquillas, basta que caminen para verlas con la pollera hasta el suelo, el «carrik» á tres pelerinas y el capote grande «Greenaway».

Y así, todas las edades obedecen á la misma ley; pollera «Empire» con el talle corto, fruncida, garnecida con pliegues redondos; muchas veces con un «volado» fruncido ó con puntilla.

Una cinta alrededor del talle y una limosnera en el costado izquierdo.

Nuestro dibujo represen-



ta un «Camail» muy sencillo y muy fácil de llevar, sobre todo para vestidos de teatro ó de recibos pues así se conservan mas y mejor.

Se hace con paño piel de suecia, se guarnece con astracan negro, cuello con pasamanería negra y plata.

Cuerpo de «camail» amplio hombreado por una costura de espalda y por otra que pase á su alrededor; tiradores de astracan aprisionando el «camail»; cuello Médicis bordado con astracan.

Gorra drapeada con terciopelo «turquoise», con perlas finas montadas sobre una peineta de carey rubio, plantado en el recogido del cabello, ybridas de terciopelo «turquoise».

MADAME POLISSON



Curioscando

(NOCTURNO)

(Escena que pude ver por el patio de mi casa, y que muchas veces pasa entre marido y mujer):

—¿Dudas de mí?

—¿Dudar? no; estoy cierta de que miras á Magdalena y suspiras cuando me distraigo yo; y si has llegado á creer que me voy á resignar.... te engañas.

—Pero, Pilar, ¡nunca te has de convencer de que tan solo tú eres!.... —Ha tiempo estoy convencida de que te pasas la vida entre el juego y las mujeres. Tú derrochas un caudal en diversiones sin cuento, y yo... ¡sois en mi aposento con la aguja y el dedal! Tú me engañas á diario con esos falsos negocios, y yo entretengo mis ocios con las cuentas del rosario. Nunca nos vemos los dos ni de noche ni de dia, por esto... ¡no importaría! pero en aquella.... ¡por Dios!

—Mira, Pilar, me impaciento con tus ridículas quejas; dime: ¿por qué me motejas sin causa ni fundamento? ¿Qué á tu lado no me ves? Pues si no estoy á tu lado es porque estoy ocupado con asuntos de interés. ¿Que derrocho en diversiones un caudal? ¡Eso no es cierto! por que yo no me divierto del modo que tú supones. Y, vamos, voy á probar que no soy así tan malo; aquí tienes el regalo que ayer prometí comprarte. Míralo y podrás juzgar si tu marido te adora, ¡bah! ¿te convences ahora de que no hablo por hablar? Pero cesa, por favor, de suspirar de tal modo, y que se termine todo, ¡conque fuera el mal humor!

—Sigues así todavía? ¡Jesús, que niña te pones! dejate de reflexiones y ven aquí, esposa mia. ¿No me respondes? Pues bien, dame un abrazo y un beso, y si no basta con eso.... ¡yo te le daré tambien! (El esposo la besó, despues.... la volvió á besar sin poderse figurar que les observaba yó!) y preguntaré el que lea: ¿que pasó despues allí? ¡Eso.... lector.... no lo vi! ¡el demonio que lo vea!!



En el baile del Club Uruguay llamó la atención por lo original de su traje, además de llamarla, como siempre, por su resaltante hermosura, la niña Chichí Castellanos, nombre con que familiarmente se la adultera el de pila.

Reproducción del traje,— con algunas variaciones impuestas por el recato,— el que ostenta en la carátula de nuestro semanario la figura de mujer, alegórica del título *Caras y Caretas*.

No saltó quien dijera que á poderse trasportar la alegoría viviente al lugar que ocupa la dibujada por Schütz, el número de suscriptores á *Caras y Caretas* sería igual al de habitantes que tiene la República.

Felicitamos á la señorita Castellanos por su feliz idea y la agradecemos que nos haya tomado por figurín, pues con ello nos ha hecho insensiblemente una reclame como no creímos llegar á obtener de una tan distinguida propagandista.

—Me conoces, Salustiana?
—No, ché, no caigo en la cuenta.
—Porque no te dás la gana.
—Fui tu amante el año ochenta!
—El año ochenta? ¡Quizás!
—Y no te acuerdas del mes?
—En Mayo.

—Explícate más porque en Mayo tuve tres.

«En un estanque próximo á Santa Rosa ha aparecido el cadáver de un vecino de dicho pueblo.

Se cree que esta desgracia se produjo al ir de tránsito por aquel paraje la víctima, á quien se había visto en las primeras horas de la noche en completo estado de ebriedad.»

Un borracho ahogado en agua!
No se explica que pueda claudicar un hombre de esa manera.

Indudablemente debió creer que el estanque estaba lleno de *Anis de Carabanchel*.

Por comer coliflor en cierto guiso se le ha muerto la suegra á don Narciso, y por comer repollo en ensalada se le ha muerto también una cuñada. Para que el mal no tengas tan á mano, come solo jamón, que es lo mas sano.

«La comparsa carnavalesca *Candomberos al tope*, fué reducida á prisión por tratarse en pelea con la policía, en la vía pública.»

La reclusión de la comparsa no alteró su título mas que en unas letras. De *Candomberos AL TOPE* se transformaron en *Candomberos Á LA TIPIA*.

Son dos palabras que suenan casi lo mismo, por mas que no representen la misma altura.

Picó á Enrique una mosca en la cabeza, y por probar la fuerza de su brazo cometió la torpeza de quererla matar de un martillazo. Aquella broma le costó una herida de que tendrá señal toda su vida. Desde entonces Enrique si una mosca le pone en un aprieto, prescinde del martillo por completo y deja que le pique.

A *La Epoca* y á *La Unión Cívica*, un efusivo abrazo por el espacio que dedicaron en su número del lunes á *Caras y Caretas*, aunque sepamos que solo la simpatía que sienten por nuestra publicación, sea lo que haya podido inspirarles conceptos tan encomiásticos.

Tiene Tito un salderito muy bonito,
y la Rita una gatita
muy bonita
y Juan Sada una cuñada
desgraciada.
Pero os juro que á mí me importa un pito
de los bichos de Sada, Rita y Tito.



¿Qué como hemos encontrado el carnaval de este año, preguntan ustedes?
Pues muy fiambre.

Salió á la calle
don Homobono
con ropa nueva
dándose tono,
y nadie sabe
donde se ha ido.
Sus hijos dicen
que no ha vuelto.

Un individuo apellidado Tenorio ha sido reducido á prisión, como autor del robo de un breack efectuado el domingo anterior.

Parodiando á su homónimo del drama de Zorrilla puede decir ese raspa:

—No es verdad, breack seductor,
que en las manos que ahora quedas
se mueven mejor tus ruedas
y se camina mejor?



Ayer Paco Pita, el primo de Rita, nos dió de merienda guisado de pato; comiésole una pata y dijo Torcuato:

—¡Me peta la pata del pato de Pita!

«Con motivo de la renuncia de un empleado, va á ser removido todo el personal de Correos.»

No puedo hablar de esta repartición sin dedicar un recuerdo á los ejemplares extintos.

¡Séales leve el forro del bolsillo postal!

Zafra con fuego y azufre
con su cifra á un café marca.
Por eso dijo Petrarca:
Zafra cifra y café sufre.

«La Compañía Nacional tiene embargadas todas las vías.»

De ahí proviene el cólico llamado miserere.



Pollita—Colonia—Ese tubo que Vd. enjareta en la primera redondilla, resulta con be larga, un verbo de lampistería. Métale una mecha empapada en *kerosene*, póngale encima una pantalla y verá qué aparato de alumbrado mas hermoso se puede hacer con una simple barbaridad gramatical.

Carpintero catalán—Rocha—Si maneja Vd. el escoplo como la lira, será cosa de ver los muebles que vemos. Por de pronto todos los que exijan pies iguales como las mesas, las sillas etc., resultarán *rengos*, como los versos.

P. K. Do-San Eugenio—No se llame *p-h-do* á secas; llámese *p-h-do-mor-tal*.

Sabidón—Montevideo—No se ha hecho la miel para la boca de las.... no sé escribiendo la palabra.

Obero—Montevideo—El domingo de carnaval vi uno muy bien enjazado. ¡Sería Vd? Los versos, por lo menos, no parecen de persona.

Turibito—Montevideo—Num he visto gamás un *ranciñu* tan bruto para hacer versos.

C. S.—Montevideo—Se publicará.

Campanillas—Montevideo—Muy largo. Si se pudieran poner unos rieles sobre el articulo ya sería otra cosa, porque entonces todo se reducía á leerlo s bre un tren á vapor. ¡*Treinta y ocho cuartillas en tetra metida!* Parece mentira que la vida del hombre alcance para escribir tanto.... y tan malo.

R. G.—Montevideo—No ha sacado V. partido del asunto. Lo que ha hecho V. es *partirle* por el eje. ¡Y cuidado que el tema se prestaba! Espríñala la mollera, hombre, que pue que tenga algún chisteclillo arrinconado.

Pescador—Montevideo—Aunque me arme usté una gresca y aunque no le agrade á usté, me atrevo á decirle qué no sabe lo que se pesca.

JAIFFE Maeso

URUGUAY 99

Su martillo ha demostrado que, de todos los que hay, es el mas afortunado, pues con él ha rematado la mitad del Uruguay.

EL UNIVERSAL

Calle Rincón 131

Hace calzado á medida, á unos precios muy baratos, y es la casa preferida, por ser la mejor surtida en botines y zapatos.

BAZAR NACIONAL

SARANDÍ 347

Para hacer un buen regalo véte á Sienra sin dudar, porque Sienra, en su Bazar, nunca tuvo nada malo.

LA Bodega

ZABALA 95

Si te dice un bebedor que en la casa de Orejuela no existe el vino mejor, le puedes decir, lector, que se lo cuente á su abuela.

AL FIGARO

Peluqueria
18 DE JULIO NÚM. 5

Nadie á pelear le aventaja, y afeitando es tan artístico, que al filo de su navaja no hay pelo que se resista.

LUIS A. CARRARIO

Zabala 154

Llevó el martillo á Maeso, en campaña provechosa y no les digo otra cosa, porque es bastante con eso.

SUÑER CAPDEVILA

Uruguay 178

Es un médico especial, de quien diría cualquiera que ha encontrado la manera de hacer al hombre inmortal.

FITZ-PATRICK

Fotografia Inglesa, Rincón 176

Fotografia especial, en que se copia á la gente, tan perfectamente, que parece natural.

A MONTAUTTI

Rematador
ZABALA NÚM. 130 Y 136

De su martillo al influjo todo el Uruguay entero tiene por poco dinero casa amueblada con lujo.

LITOGRAFIA DE LA RAZON

Cerro 93 á 101

De las casas mas completas en su género, esta es; la prueba, lector, la ves, en las *Caras y Caretas*.

¡QUÉ VERANO!

Este calor nos derrete y claramente se explica que hasta Febo solicite helados de Costa Rica.

LA URGENTE

Empresa de Encomiendas
CERRITO 207

La Empresa que te presenta ruego, lector, que atiendas, porque hace las encomiendas con la rapidez del viento.

CONFITERIA DEL TELEGRAFO

25 de Mayo 370

Pasteles y confitura y dulces de los mejores; en esta casa, señores, es todo vida y dulzura.

LA INDUSTRIAL

Treinta y Tres 216

El que rige La Industrial es, como saben, señores, el Capitán General, de nuestros rematadores.

JOSÉ CABANELAS Y CIA

Mercedes (R. O.)

Centro para suscripción de diarios,—librería taller de encuadernación, y además papelería.
Casti un Larousse en acción

LA GIRALDA

18 de Julio núm. 7

Por mas que lo crean guasa se tiene como muy cierto, que los vinos de esta casa hacen revivir á un muerto.

ANUARIO DEL URUGUAY

5 pesos por suscripción

Desde la próspera alta a la que pesca en ruín barca, todo, este libro, lo abarca. ¡Habrá quien no se suscriba por el precio que se marca!

Oficina: 18 de Julio 148

CERVECERIA DE NIDING

Asuncion (Aguada)

Me comprometo á probar que mejor que esta cerveza no la ha tomado Su Alteza, el Príncipe de Bismarck.

TUPI-NAMBA

Buenos Aires frente á Solís

Nunca dixerir podrá con facilidad usté, sino toma del café que sirve el Tupi-Namba.

PRINCE E HILL

Dentistas Norte-Americanos
CÁMARAS 163

Gracias á los especiales estudios de Prince e Hill, pueden comer mas de mil con sus dientes naturales.

MENDOZA GARIBAY

25 de Mayo y Treinta y Tres

Mas de mil personas hay que están en el Uruguay viviendo como magnates, con las risas y remates de Mendoza Garibay.